

las artes del alfarero, picapedrero, tejedor y tintorero. Fundaron reinos de conquista con gobierno despótico patriarcal aristocrático, los consolidaron merced a una firme organización militar, a la que agregaron la de castas, creando por fin un sistema de creencias y una casta sacerdotal, que guarda un tesoro de tradiciones, de religión y de ciencia.

En la escritura estriba una de las mayores diferencias entre el Mundo Antiguo y el Nuevo; en América las hay más notables entre los distintos pueblos civilizados, acusando por lo general más atraso. Estos pueblos han progresado perfeccionando su lenguaje rudamente simbólico, usado en las piedras pintadas; pero no había escritura propiamente dicha, ni tampoco análoga a los antiguos jeroglíficos egipcios o a la escritura china.

A consecuencia de esto, la tradición era dudosa, la literatura sumamente pobre. Los mayas del Yucatán poseían una literatura más ilustrada, y esto los distinguía de los demás; pero excepción hecha de los numerosos edificios esparcidos en la península, que ostentan una pompa monótona, no había otras fuentes para la vida del espíritu de este pueblo artístico. Lo que sabemos se limita a pocas noticias acerca de la cultura, del calendario y de la escritura. El poderoso desarrollo de los recursos mnemotécnicos prueba que la escritura no estaba generalizada. Recordaremos los *quipus* (véase el grabado de la pág. 420) ó cordones de nudos de varios colores y formas, que indicaban números y hechos, según reglas fijas, y también mandatos y leyes. Dícese que existen archivos enteros llenos de cordones de varios colores con varios nudos, los cuales contienen noticias de tiempos pasados, sin que nadie hasta ahora haya encontrado la clave de esta escritura original. Rivero habla de un hallazgo de estos cordones ó *quipus* que pesaban media arroba. Los pastores de la puna conservan ciertas reminiscencias de este sistema de escritura en el que tienen para contar los llamas y las ovejas, lo que prueba que no son tan sólo los que se dedicaban a descifrar *quipus*, de los cuales hablan los cronistas y que se denominaban (*quipocamayok*) los únicos que conocían este artificio mnemotécnico. Algunas ideas se expresaban por medio de piedrecitas colocadas con arreglo a un orden establecido en unos cuadritos. Algunos pretenden haber encontrado signos análogos en la cabeza de los cadáveres. Los mandatos del profeta Tonapa estaban grabados en un bastón, como también el testamento de Huayna-Cápac.

Del mismo modo que los quipus recuerdan los cordones con nudos de los pueblos del Pacífico, esos palos con muescas traen a la memoria los medios mnemotécnicos análogos de los polinesios. En las piedras ó planchas numerales, que algunos han tomado por planos de ciudades, y que afectan formas muy singulares (véase el grabado de la página 415); se registraba con granos de distintos colores el tributo que a las distintas tribus de los huamachucos correspondía: cada tribu tenía su color especial y cada compartimento de la piedra numeral representaba un tributo décuplo del que le precedía, de suerte que un grano colocado en las torrecillas de los ángulos de aquella significaba una contribución cien veces mayor que un grano puesto en una de las casillas bajas que entre las torres aparecían.

Tito Atauchi, el gran general en la campaña del Norte, envió un perfil de la fortaleza sitiada al consejo de guerra, y Garcilaso de la Vega refiere que existía un plano del Cuzco, en el cual estaban indicadas las plazas y las calles de la ciudad y señalado el curso de los arroyos. Háblase también de mapas y planos mejicanos y peruanos (Motezuma poseía un mapa de las costas del golfo de Méjico) y de otros mapas geográficos. Para indicar los diferentes paí-

ses, se habían hecho planos de ciudades y aldeas, en los que con varios colores estaba indicado lo que pertenecía a los diferentes príncipes; por este medio, de una ojeada se reconocían los límites de cada aldea y de cada propiedad. Pero todo esto no equivalía en rigor a la escritura, ese medio tan importante de civilización, que hace que nos aprovechemos de la ciencia y de la experiencia de los antepasados, aumentando el tesoro de la inteligencia. Es cierto que en Méjico la escritura figurada había llegado a formar algunas abreviaturas que correspondían a sílabas; pero no parece que este progreso se haya generalizado; siendo probable que quedara como exclusiva propiedad de algunos individuos. La importancia de un sistema de escritura consiste en su generalización; si no sirve más que para algunos pocos, no merece mucha atención.

Las noticias que se transmiten por este medio deben ser oscuras, pues que no descansan en un sistema fijo. La escritura maya, según testimonios del siglo XVI, era conocida tan sólo de los sacerdotes y de algunos indígenas ilustrados. Lo que afirma Pedro Mártir acerca de que los mayas se servían de ella en asuntos de la vida ordinaria, no pudo comprobarlo él, y si Las Casas envió a España un escrito, que llevaba las firmas de los jefes del Yucatán, muy bien pudo suceder que estas firmas fuesen signos y no letras. Varios observadores describen los libros de aquel país diciendo que se enrollaban como hojas de palmera y que tenían de 10 a 12 varas de largo: en ellos se anotaban los cálculos astronómicos anuales, la guerra, las epidemias, las tempestades, las inundaciones, las carestías y otros acontecimientos, y aunque muchas veces se ha dicho que los elementos de esta escritura eran letras, el obispo Landa opina que eran signos ó letras, imágenes y otros signos entre ellas, y que este conjunto formaba la escritura.

Hemos indicado en otra ocasión algo acerca de la semejanza de estos pueblos en lo espiritual, semejanza que no tan sólo se advierte también en los polinesios, sino mucho más hacia Occidente. Un detenido examen de los mitos mejicanos y peruanos demuestra claramente que todas las formas originarias de la superstición, culto de antepasados, transmigration de las almas de los hombres a los animales, apariciones y brujerías, oráculos y remedios mágicos, son propiedad de los indios y se encuentran en Australia, África, el Asia del Norte, y por fin en el mundo entero. Uno de los mejores conocedores de los indios, el coronel Mallery, afirma que los mitos y las tradiciones de todas las razas indias tienen el carácter de las tradiciones egipcias y asiáticas. Estas afinidades en lo que se llama filosofía y psicología son demasiado frecuentes para poderlas atribuir al acaso, al paso que sus semejanzas en los detalles son asimismo demasiado notables para poder atribuirles una base común en todos los lugares y en todos los tiempos. No se deben considerar ni como vestigios de una revelación general ni como apoteosis de la historia, sino como una tentativa para explicar los fenómenos naturales, que debían ocurrir de la misma manera en los pueblos que se encontraban en igualdad de condiciones y en el mismo punto de desarrollo.

Cuando se quisieron trazar paralelos entre los pueblos civilizados de América y el mundo antiguo, no se tomaron en consideración esas numerosas relaciones que existen entre las culturas de los diferentes pueblos de toda la tierra, desde las más sublimes ideas religiosas hasta las más nimias particularidades en los usos y costumbres. En cada analogía entre el mundo antiguo y el nuevo véase un hecho especial y confundíase lo esencial con lo accesorio; y ora se daba gran importancia a las huellas de una escritura pa-

recida a la de los quipos en Polinesia, ora se comparaba una lengua que parecía compuesta de monosílabos con la lengua china; ó bien se creía hallar el diluvio de Noé en el Perú ó en Méjico, el maíz en el Japón ó la porcelana en Méjico. Algunas personas ilustradas mezclaban también en sus apreciaciones detalles de muy escasa importancia. Faltaban las bases para tratar de esta cuestión. Parecía que entre la trasmisión inmediata de una civilización en su conjunto y su negación completa no mediaba distancia alguna. Si se advertían recuerdos del mundo antiguo en la cultura mejicana y peruana, y más especialmente en las ruinas de los edificios, se hacía surgir como por ensalmo una multitud de constructores de pirámides del mundo antiguo ó se les quería quitar importancia porque no se podían explicar, sin reflexionar que no es difícil encontrar la verdad entre dos improbabilidades. Hellwald dice: «Es imposible negar la semejanza entre los monumentos egipcios y los americanos; pero estas semejanzas son más bien aparentes que esenciales, y se las puede explicar con analogías naturales. El hombre siempre es hombre, lo mismo si ha nacido en Asia que en América. El mero hecho de que hoy día el indio no esté colocado en aquella elevada altura, no prueba nada; los griegos de la actualidad son bárbaros en comparación de los ilustrados helenos antiguos.» El método es muy sencillo: es difícil la explicación por el camino ya trillado..., pues se emprende otro camino por el cual tampoco se explica nada. Peschel dice: «De la misma manera que dos ó tres sabios descubren ó inventan a un tiempo, aunque en diferentes puntos, una misma cosa, así también puede suceder a los pueblos.» Sin embargo, si Peschel hubiese visto las flechas, los carcajes, todo el arreo de un arquero dayako y de un arquero caribe, la semejanza le habría parecido demasiado completa para suponer que en dos puntos diferentes se hubiese inventado lo mismo. Del mismo modo se ha explicado la similitud entre los mitos. Brinton, tan perspicaz para discernirla, observa que los aztecas, los peruanos, los botocudos, los iroqueses y otros atribuyen su origen de la diosa del agua, y pregunta: «¿Cómo se explica esta analogía? No ya suponiendo un antiguo comercio entre naciones apartadas entre sí, sino considerando la utilidad del agua, que fomenta y conserva la vida.» Si la semejanza no se reduce a este elemento, si la utilidad del sol y del fuego es aún mucho mayor, si en el Occidente se hablaba de un héroe que subía al cielo desde la rama de un árbol ó de la pierna contrahecha del dios subterráneo del fuego y del terremoto, si el camanismo con sus aparatosas prácticas y sus complicadas costumbres relacionadas con los funerales, lutos y entierros es igual en ambas partes; entonces no se pueden ya atribuir todas estas analogías ni a un efecto ni a una causa general. El culto del agua, del fuego, de la tierra etc., puede surgir en todas partes de corazones agradecidos; pero es imposible creer que este río espontáneo corra en oleadas iguales al mismo punto entre tantas naciones diferentes. Aunque la correspondencia entre la complicada parentela de los dioses, la semejanza en las tradiciones del dios de la luz triunfador del hijo de la oscuridad, cuya madre muere cuando él nace, del nieto de la luna, del hermano gemelo de la noche, con la cual lucha y vence y llega a ser el bienhechor de la humanidad; aun cuando todo esto y mucho más no demuestre unidad histórica, sino unidad en la disposición del alma, afirmamos sin embargo que por ambas partes se ha imaginado mucho, pero no se ha probado nada, y que las suposiciones han sido cada vez más aventuradas, alejándose más y más del fundamento de la verdad.

No se debe separar a los americanos de los pueblos del

mundo antiguo ni como raza ni por su cultura. No es difícil encontrar una serie de paralelos con el mundo antiguo en los hechos que ofrece la etnografía americana. Para ello no es necesario penetrar en el terreno dudoso de la semejanza de nombres, en el cual tropezó, hace 240 años, Grocio, cuando le pareció reconocer en las sílabas finales de las palabras mejicanas *zimaltan*, *coatlan* etc., la palabra *land* (país) desfigurada por la pronunciación española, atribuyendo a los indios un origen normando. Los antropólogos nos ofrecen un material cada vez más rico, conforme han sido más minuciosas sus pesquisas.

No queremos dar gran importancia a las supuestas tribus negras del istmo ni a las palabras de Pedro Mártir que, hablando de los quarecúas dice: «Sólo en Nigricia pueden nacer hombres de tal naturaleza», ni tampoco al hecho de que figurara un negro entre los que acompañaron a Balboa en su expedición al golfo de Panamá. También podemos dejar a un lado las semejanzas judías de que tanto se ha abusado y la analogía que ha observado Tschudi entre cráneos de aymaras y cráneos de guanches. En cambio hemos de dar crédito a Virchow, cuando confiesa que cuatro antiguos cráneos braquicéfalos de Madisonville le parecieron muy semejantes a los de origen altaico, y dice: «Si algo pudiera acreditar la opinión de que la población americana procedió de Asia, estos cráneos la confirmarían.» Waitz ha dicho que el tipo americano se parece al de los pueblos de Asia, pero que tiene tan determinado carácter individual, que es demasiado atrevida la opinión que lo hace proceder del extranjero.

Véase lo que dijimos al tratar de la estructura corporal de los indios, demostrando, por lo menos así lo creemos, la identidad fundamental que existía entre las llamadas razas americanas y las grandes razas mogolas del Este y del Sudeste de Asia, del archipiélago malayo y de las islas del Océano Pacífico. De lo que allí decíamos resultaban como rasgos fundamentales de la teoría que puede basarse en las mediciones y comparaciones craneales, la imposibilidad de afirmar la existencia de una ó algunas razas americanas, la marcada afinidad absoluta, en punto a dotes corporales, de los americanos con los pueblos de procedencia mogoloide y la imposibilidad, dado el estado actual de las investigaciones, de señalar entre éstos uno que se parezca más que los otros a aquéllos. Al propio tiempo, podría decirse con Kollmann que hasta donde puede nuestra vista penetrar en el pasado de los pueblos americanos, siempre encontramos los mismos pueblos dotados de iguales condiciones corporales.

En los tiempos en que no se sabía a punto fijo si el *Fretum Anianum* penetraba como golfo en una América-Asia unida hacia el Norte, ó si como estrecho separaba los dos continentes, J. de Laet sostuvo, en contra de lo que opinaba Hugo Grocio, que los americanos procedían del Norte de Asia.

Grocio sostiene que los caballos llegaron a América desde Asia, y Laet indica la posibilidad de que los asiáticos pasaran a América antes que el caballo existiera en el Asia oriental. Como entonces Grocio ya no era autoridad en estas cuestiones, los observadores del Norte de Europa volvieron a establecer paralelos entre indios y nómadas europeos. Dobrizhoffer, el sabio jesuita, cuyos conocimientos etnográficos eran muy vastos, notaba cierta semejanza entre las costumbres de sus abipones y las de los lapones y los habitantes de la Nueva Zembla, y estaba inclinado a atribuir un origen septentrional a los primeros.

No contento, sin embargo, con estas comparaciones, encontró tan evidentes las reminiscencias de la antigüedad



clásica, que en su historia de los abipones dice: que en la descripción de las curiosidades abipones introduce ejemplos tomados de la antigüedad sólo para demostrar que las costumbres y opiniones de ese pueblo habían sido cosa corriente entre otros pueblos de los tiempos más remotos.

Cuando se descubrió el estrecho de Behring cesaron las dudas existentes acerca de si los americanos estaban completamente separados del resto del mundo. Vióse que también había *esquimales* americanos esparcidos por el lado de Asia á lo largo de la costa de los chutchis, y se observó que

mediaba un tráfico animado entre asiáticos y americanos á través del estrecho. Hasta se puede afirmar que todo el Noroeste, hasta la isla de Vancouver y las montañas Pedregosas, se mostró tan diferente del resto de América, como semejante á las partes de Asia que habían entrado en la época que la ciencia llamó del hierro. Los ritos fúnebres eran también muy parecidos. Los ostiakos y los colochos tienen exactamente los mismos bailes guerreros. Otras particularidades se pueden citar, como el corte de los cabellos, la decalvación, la preparación de baños calientes



E16

Tipos de urnas rostrales del antiguo Perú. (Museo para Etnografía, Berlín.)

echando agua sobre piedras calentadas, el respeto religioso al fuego. En el terreno mitológico los paralelos son innumerables y llegan á la identidad.

Los esquimales forman un lazo especial. Sus semejanzas con los americanos, la tienda de cuero, los patines, los vestidos de piel, los recuerdan entre la tribu Tinnech. Las relaciones de los americanos con los pueblos esquimales son íntimas y no están limitadas á un punto solo. Con su conocido cajak (bote de piel), tripulado por dos remeros, navegan hacia el Sud en el territorio indio y vuelven hasta el país de los thlinkites, mientras en otros puntos nunca pasan de la región hiperbórea.

La costumbre de llevar en el labio inferior, y á veces en los dos, un disco agujereado de piedra, cristal ó madera, se extiende, por otra parte, desde el río Colville que desemboca en el mar Glacial, hasta la residencia de los haidabes de las islas de la Reina Carlota; es decir, hasta más allá de la frontera meridional de los thlinkites, abarcando, por lo tanto, casi el mismo territorio que las corazas de palitos.

Por la situación de las tribus que pueblan en la actuali-

dad esos territorios nada se puede deducir acerca de su historia; pero en los restos de tumbas y en parte en las relaciones de los primeros visitantes europeos se encuentran testimonios de que en otro tiempo fué más elevada la posición de varios pueblos aleutianos y ellos mismos dejan suponer que anteriormente desempeñaron un papel más activo en su país. Además se desprende de comparaciones entre los lenguajes y la tradición que los esquimales del estrecho del Príncipe Guillermo, los cuales opusieron la más enérgica resistencia á la conquista rusa, pertenecían á los pueblos más guerreros de este grupo y que dominaron largo tiempo á los indios fronterizos. Este hecho no carece de importancia, por cuanto siendo los más meridionales de su nación, probablemente sirvieron de intermediarios entre los grandes grupos de la humanidad. Según parece, recibieron en su seno muchos elementos indios, así como los thlinkites fronteterizos debieron recibirlos á su vez de los esquimales. Si se considera el comercio pacífico y las relaciones guerreras, que anteriormente se extendían mucho más, se reconocen numerosos lazos de unión entre el mundo antiguo y el nuevo mundo.

Las armaduras de madera ó de hueso arrojan mucha luz sobre esas antiguas relaciones: figuran como objetos sumamente raros en nuestros museos etnográficos, por lo mismo que han desaparecido completamente de entre los pueblos actuales; y se les aprecia doblemente porque pertenecen á una época más artística, la cual terminó completamente hace más de un siglo. El principal objeto de esas armaduras era resguardar la parte superior del cuerpo y la cabeza de las flechas y los dardos; y en su fabricación se advierte una industria muy ingeniosa y desarrollada.

Estas armaduras se han encontrado hasta ahora entre los chukches, aleutianos, kaniaguntas y entre los habitantes del estrecho del Príncipe Guillermo y se extienden, además, entre los indios del Sud. El explorador que mejor conoce aquellas regiones, Guillermo H. Dall, expresa la opinión de que en otro tiempo llegaban hasta el estrecho Puget y existían en toda la costa de Alaska. También las había, cuando la llegada de los europeos, en las islas de la Sociedad: en las islas Gilbert, en la Nueva Guinea y en el archipiélago malayo se han encontrado algunas armaduras de fibras de coco tejidas que se parecían á aquellas otras, por el afán de los que las llevaban de cubrir sus espaldas con una pieza puesta atrás.

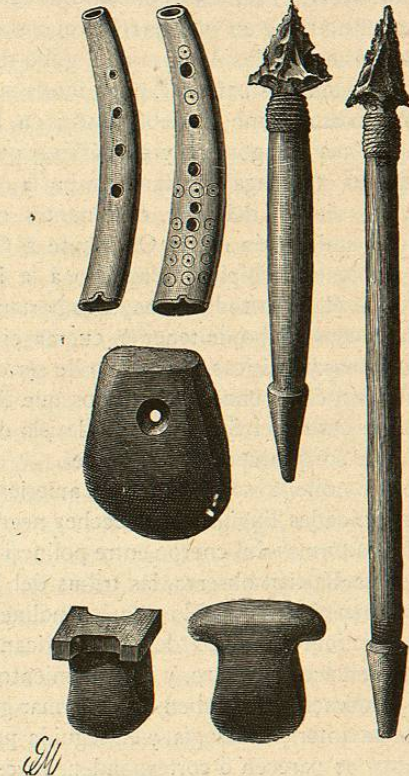
Entre todas las armaduras de los pueblos civilizados, las japonesas son las que se parecen á estas corazas de los pueblos del Pacífico. El material, la fabricación, su conjunto, la defensa del cuello y de los costados, todo en ellas guarda semejanza; hasta la careta del yelmo japonés se ve con frecuencia en estas armaduras, que llegaron á su punto de perfección en el mismo Japón.

Por esto cabe suponer que los hilos de antiguas relaciones étnicas cuya existencia prueban estos objetos característicos corren aquí unidos, afirmación que podría apoyarse en otras analogías que en el mundo polinesio, americano noroccidental é hiperbóreo repercuten como el eco de un sonido producido en otro tiempo en el Japón.

A pesar de cuanto queda dicho, parece oponerse á la suposición de relaciones íntimas la falta de expansión de los japoneses, que tenían cerrado su país á los extranjeros: Dall decía hace algún tiempo que después de largo estudio había llegado á la conclusión de que en la habilidad artística de los indígenas de la América del Noroeste no se podía encontrar huella alguna de influencia china ó japonesa, como tampoco en la lengua; pero Dall no se habría expresado tan decididamente contra el paralelismo entre los aleutianos y los japoneses si hubiese considerado á éstos como raza civilizada y considerado que á sus ojos se ofrecían grandezas incomparables. El primitivo comercio pudiera darnos la explicación del vasto terreno por el cual se extendió una misma entidad etnográfica en estas regiones, si se considera que por la costa de los chutchis llegaron mercancías desde el Kolyma hasta el Mackenzie por el Oriente y hasta la desembocadura del Pastol por el Sud. El Japón no puso siempre trabas al comercio de sus habitantes como lo hace desde el siglo XVII. Recordamos que un artículo del comercio malayo japonés de enigmático valor, los antiguos jarrones de porcelana, son venerados por los malayos, tributándoles un culto casi divino, culto que se reproduce también entre los japoneses. Hay cosas insignificantes, como la forma cónica de estos jarrones y de los sombreros pintados de corteza ó de paja de los americanos del Noroeste, que recuerdan el tráfico de que hemos hablado más arriba. Esta circunstancia nos explica la existencia de tan numerosos recuerdos de la Polinesia en la América del Noroeste. Sería demasiado atrevimiento afirmar que el pueblo del Japón diseminó ha mucho tiempo los gérme-

nes de bastantes fenómenos análogos en Polinesia, en la América del Noroeste y en las costas del estrecho de Behring, desde donde podían extenderse á todo el resto de la América; por ahora nos contentamos con la probabilidad de que en otros tiempos hubo vínculos comerciales entre estos pueblos, lo que debe desterrar la suposición de que las poblaciones se desarrollaran en un completo aislamiento.

Y á propósito de esto, no podemos menos de hacer notar la ausencia absoluta de las corazas de palitos entre los pueblos de Yeso, Sakalien y de las fronteras costas asiáticas,



Flechas y utensilios de piedra y flautas de hueso de los sepulcros de Colombia. (Museo Británico, Londres.)

que excluye las influencias asiático continentales y hace más clara la cohesión japonesa noroesteamericana.

La cuestión del origen de los polinesios ha debido hacer entrar á la América en el círculo de las hipótesis. Estamos acostumbrados á colocar á América en los extremos occidentales de la tierra habitada, pero para la observación etnográfica su puesto debe estar en el extremo Oriente: No nos es posible justificar que allí penetraran influencias europeas ni africanas antes de la invasión de los españoles, pero el Noroeste de América estaba ya entonces relacionado con el Asia, y si consideramos las fronteras naturales y la configuración del país, el Océano Pacífico, poblado de islas, parece haber sido más favorable que el Océano Atlántico al comercio entre los pueblos de Asia, Polinesia y América. No faltan semejanzas y relaciones para suponer relaciones involuntarias y voluntarias entre una parte de la tierra y la otra. La naturaleza misma acude en socorro del hombre para desafiar los terrores y peligros del mayor mar de la tierra. Si los hombres del Océano Pacífico ecuatorial, los polinesios, hijos de una naturaleza benigna, fueron descubridores y fundaron colonias en un espacio de más de 100.000 millas cuadradas, lo debieron principalmente á esos vientos que aparecen con tanta regularidad y soplan en la misma dirección meses enteros. En ninguna región de la tierra hay tan pocas tempestades como en muchas partes del Océano Pacífico y sobre todo en la del Sud del trópico. Las corrientes de la mitad septentrional favorecen las comunicaciones entre Asia y la América del